Equipos de Nuestra Señora

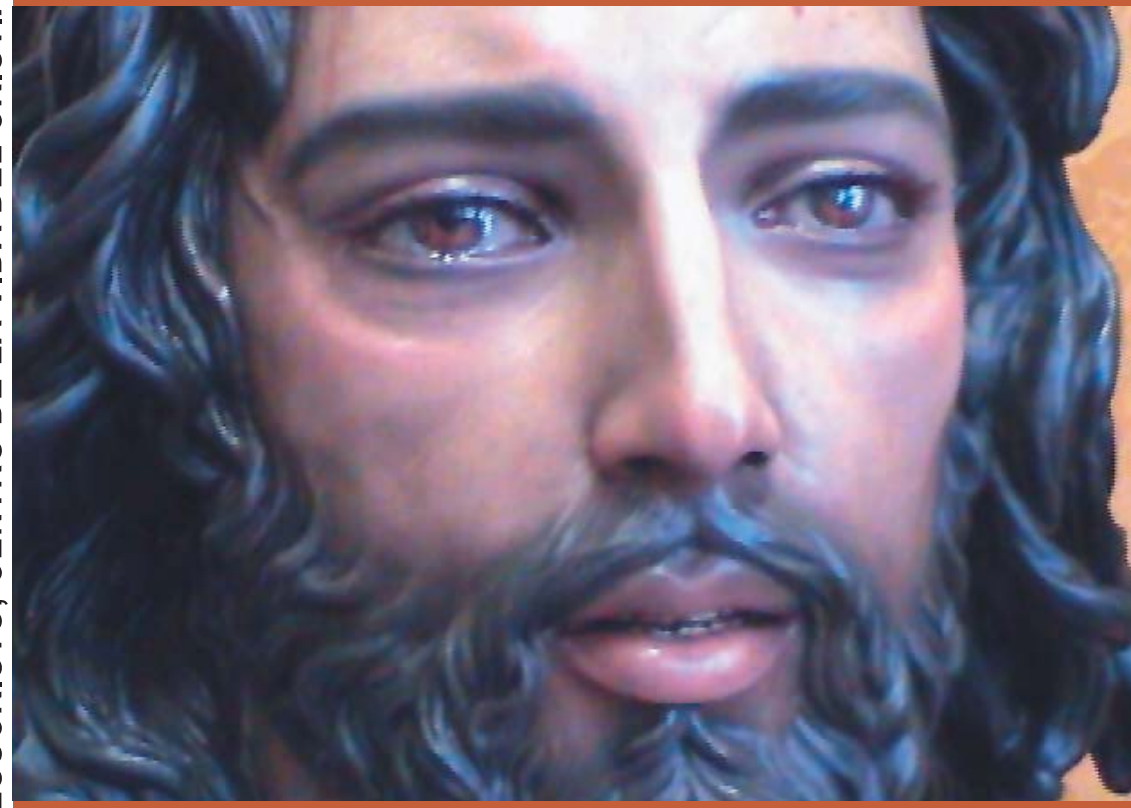
EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA

www.equiposens.org

SECRETARIADO ESPAÑOL
San Marcos, 3, 1º- 1ª
Tel/Fax (91) 521 62 82 – 28004 MADRID
E-mail: ensespana@svmemory.com

243 - ENS: JESUCRISTO, CENTRO DE LA VIDA DEL CRISTIANO 2008 - 2009

TEMA DE ESTUDIO
CURSO 2008-2009
JESUCRISTO, CENTRO DE LA VIDA DEL CRISTIANO



Carta
DE LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA

NÚM. 243

E N S

JESUCRISTO, CENTRO DE LA VIDA DEL CRISTIANO

Equipos de Nuestra Señora

Tema de Estudio preparado por el Equipo satélite «Investigación y Reflexión» y revisado por el Equipo Responsable Internacional.
Curso 2008-2009

Número 243 extraordinario de la

Carta

DE LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA

Con licencia eclesiástica.
Edita: **E.N.S**. c/. San Marcos 3, 1º-1ª
Tel/Fax: 91 521 62 82 – 28004-MADRID
Depósito legal: B-28055-1965
Impreso por GRÁFICAS ALHAMBRA, S.A.
Polígono Tecnológico, Naves 50-51
18100-OGÍJARES (Granada)

ÍNDICE

Pág.

PRÓLOGO **7**

Primera reunión:
JESÚS, HOMBRE **9**

Segunda reunión:
JESÚS, HIJO DE DIOS **21**

Tercera reunión:
EL MENSAJE DE JESÚS (1) **33**

Cuarta reunión:
EL MENSAJE DE JESÚS (2) **45**

Quinta reunión:
EL MENSAJE DE JESÚS (3) **57**

Sexta reunión:
EL MENSAJE DE JESÚS (4) **75**

Séptima reunión:
LA PASCUA DE JESÚS **89**

Octava reunión:
JESÚS PRESENTE EN SU IGLESIA **105**

PRÓLOGO

¡PAZ Y BIEN!

En este tercer Curso después del Encuentro de Lourdes, vamos a seguir profundizando en la Orientación que se nos dio: "Equipos de Nuestra Señora, comunidades vivas de matrimonios, reflejos del amor de Cristo". Este año reflexionaremos, finalmente, la tercera parte de dicha Orientación: "reflejos del amor de Cristo".

El Tema de Estudio que nos propone el ERI sobre Jesucristo nos ayudará a conocer más profundamente ese amor **que nos demostró, aceptando la voluntad del Padre y dando la vida para nuestra Redención. Para todos los que hemos escogido el camino de los ENS para llegar al Padre, Él es nuestro modelo, como dice el** Lema **de este Curso decidido por todos los que componemos el Colegio Superregional:** "Jesucristo, nuestro modelo de amor". **Pero, una cosa muy importante: es nuestro modelo, no sólo para admirarle sino también, para imitarle y poder ser reflejos de ese amor en el mundo. Os animamos a que en nuestras Reglas de Vida y Sentadas nos propongamos cosas muy concretas que nos lleven a este seguimiento real de Jesús que ayude a trasformar el mundo que nos rodea, empezando por nuestras familias, ambiente de trabajo, amigos...**

El tema de Jesucristo ha sido propuesto y reflexionado anteriormente por la Superregión de España (año 1997), pero es un tema siempre apasionante y nunca puede darse por terminado. Volveremos, a través de numerosas citas evangélicas, a adentrarnos en la figura de Jesús, su humanidad, su divinidad, su mensaje, su donación y entrega, hasta la promesa de su presencia real entre nosotros siempre que nos reunamos en su nombre.

No queremos olvidarnos de recordaros que este año la Iglesia lo ha proclamado año paulino **(desde el 28 de junio de 2008 al 29 de junio de 2009), con motivo del bimilenario del nacimiento de San Pablo, un gran enamorado del Crucificado-Resucitado y el primer gran evangelizador entre los gentiles. Os animamos a que participéis en lo que**

vuestras iglesias locales organicen con ocasión de este motivo para profundizar en el conocimiento de su personalidad carismática. Él exhorta a sus discípulos a ser sus imitadores, como él lo es de Cristo (1 Cor 4, 16; 11,1). Imitémosle en su gran pasión por Cristo nosotros también.

Carlos y Rosa Colina-López
Pedro Fernández
Responsables y Consiliario Superregionales
Septiembre 2008

Primera reunión

JESÚS, HOMBRE

«PROBADO EN TODO, DE UNA MANERA SEMEJANTE A NOSOTROS, A EXCEPCIÓN DEL PECADO» *(Hch 4,15)*

La Palabra de Dios

«Salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo en el mundo entero. Éste fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta.

«Y mientras estaba allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada.» (Lc 2,1-7)

«Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción». (Lc 2,21)

Sabemos por los Evangelios, pero también por diversos autores no cristianos como Tácito, Plinio, Flavio Josefo y otros, que un hombre llamado Jesús vivió en Palestina, el tiempo en que se sucedían en Roma los emperadores Augusto y Tiberio.

Creemos que ese hombre era al mismo tiempo Dios: el Hijo, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Pero es importante comenzar nuestra reflexión sobre la figura de «Jesucristo, centro de la vida del cristiano» considerando su humanidad, porque es así como los apóstoles y los primeros discípulos lo conocieron al principio. Es a partir de su experiencia y del recuerdo de las palabras de Jesús como se desarrolló la reflexión que les condujo a reconocer en él al mismo Dios. Ellos nos transmitieron esta fe, que ha llegado hasta nosotros de generación en generación, a través de la vida de la Iglesia y, particularmente, a través de los escritos del Nuevo Testamento.

¿Qué nos dicen las Escrituras de la humanidad de Jesús?

Aunque hay otros testimonios de su existencia histórica, es esencialmente a través de los Evangelios por donde nosotros podemos descubrir toda la consistencia de la humanidad de Jesús.

En efecto, los Evangelios nos dicen que Jesús nació de una mujer (Lc 2,4-7), que creció en una familia como cualquier otro muchacho (Lc 2, 51-52), que trabajó en el taller de su padre (Mt 13, 54-56), que vivió intensamente sus años de madurez y que por fin murió trágicamente (Mc 15,33-37).

Los Evangelios nos presentan también la riqueza y la profundidad de su personalidad. Jesús mantuvo, con delicadeza y ternura, vivas relaciones de amistad: se preocupa por el cansancio de los Apóstoles a la vuelta de su misión (Mc 6, 30-31); ama

espontáneamente al joven rico que lo abandona (Mc 10, 7-22); llora sobre la tumba de su amigo Lázaro (Jn 11, 32-36); desea «ardientemente» celebrar la Pascua con sus discípulos antes de su pasión (Lc 22, 15-16).

Al mismo tiempo, los Evangelios nos muestran también que Jesús, sin encerrarse nunca en los formalismos culturales o religiosos, iba directo al corazón de los problemas y comprendía el interior de las personas: estaba atento, dispuesto al diálogo, caritativo para con las personas cuyas situaciones culturales o religiosas eran diferentes de la suya: los niños (Mc 10, 13-16), la mujer de Samaría (Jn 4, 6-27), el leproso samaritano (Lc 17, 11-16), la Cananea (Mc 7, 25-30), el centurión romano (Lc 7, 2-10), la prostituta condenada por los fariseos (Jn 8, 5-11) o aquélla que se arrojó a sus pies para perfumarlos (Lc 7, 36-48).

Nos trasmiten también cómo Jesús celebra comidas con los amigos (Jn 2, 1-2; 12, 1-2), y con aquéllos con los que Él quería aproximarse: fariseos, publicanos, "pecadores" (Mc 2, 15-16; Lc 19, 1-5; etc), hasta tal punto que se le ha reprochado ser «comedor y borracho» (Lc 7, 34).

Los textos evangélicos nos muestran también un Jesús que vive en armonía profunda con la naturaleza de la que toma numerosas imágenes para sus discursos y parábolas: los árboles que producen fruto (Jn 15, 1-6; Lc 21, 29-31), las simientes que se transforman lentamente en plantas y en flores de los campos (Mt 13, 24-30; Lc 13, 18-19; Mc 4, 26-29), los pájaros que pueblan el cielo (Mt 6, 25-30), los peces que los pescadores cogen en sus redes (Mt 13, 47-49), las ovejas que siguen dócilmente a su pastor (Mt 18, 12-14), o el aspecto del cielo que anuncia el tiempo que va a hacer (Lc 12, 54-57), etc.

E incluso, nos muestran a un Jesús capaz de tener accesos de indignación ante comportamientos que comprometen la justicia de las relaciones con Dios y con el prójimo: basta recordar el pasaje de los mercaderes del templo (Jn 2, 13-16), su actitud

ante los escribas y fariseos (Mt 23, 13-31), ante los ricos (Lc 6, 24-25) o ante la Jerusalén infiel (Mt 23, 37-39).

Pero nos muestran, sobre todo, a un Jesús pendiente de los sufrimientos humanos, que se compadece y los alivia y remedia como nos lo testimonia la larga serie de curaciones que realizó (cf. Mt 9, 23-25; Mc 7, 32-35; Lc 5, 18-25; 7, 11-15; 8, 43-48; Jn 5, 1-9; etc.).

Los relatos evangélicos manifiestan que Jesús tuvo siempre sentimientos de confianza absoluta y de abandono filial en su relación con el Padre (Mc 14, 35-36; Jn 17, 1), y en su oración, que es mencionada a menudo (Mt 14, 23; Lc 6, 12; 9, 18-28; etc.).

Finalmente nos enseñan que Jesús probó la fatiga (Jn 4, 6), que conoció el no tener un domicilio fijo (Lc 9, 58), y que, de manera muy dramática, probó la angustia de la muerte en Getsemaní (Mt 26, 36-38), y el silencio de Dios en la cruz (Mt 27, 45-46). Y que Él aceptó libremente su muerte sin apartarse jamás de su fidelidad al Padre (Mt 26, 39-42).

PRIMERAS REFLEXIONES

Lo que se acaba de exponer puede que, para algunos de entre nosotros, parezca algo lejano de nuestra manera de ver a Cristo. Porque, con toda razón, nosotros contemplamos y celebramos en Jesús al Señor resucitado, segunda persona de la Santísima Trinidad, presente en la gloria del cielo.

Es conveniente, por tanto, que reflexionemos acerca de nuestra manera de ver a Cristo, pues si se centra, casi exclusivamente, en su divinidad, corremos el riesgo de mutilar la misma imagen de Dios que ha querido hacerse hombre.

En el proyecto de Dios, en efecto, la encarnación del Hijo, su "humanización" en Jesús no ha sido querida como un episodio

temporal concluido con el fin de la vida terrenal del Señor. Sino, por el contrario, la encarnación ha sido querida y cumplida de manera definitiva. La naturaleza humana del Hijo encarnado queda para siempre unida a su naturaleza divina. Los Evangelios nos trasmiten un bello testimonio de ello en las apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos: come con ellos, hace que Tomás le toque las llagas… (cf. Lc 24, 28-30; Jn 20, 18-20.26-27; 21, 9-14).

En su amor infinito por el hombre que éste no puede descubrir plenamente por su inteligencia y su voluntad, Dios ha querido hacerse cercano a nosotros, más fácilmente accesible. Es en este sentido en el que la Iglesia nos recuerda que por su encarnación Dios se ha revelado a los hombres.

Podemos volvernos hacia Jesús, Dios y hombre al mismo tiempo, con la confianza de que, como nosotros, es alguien que ha compartido nuestras experiencias, nuestros sentimientos, las esperas y también las decepciones parecidas a las nuestras.

Jesús que es hombre y hombre ejemplar, nos ofrece un modelo de vida; inspira nuestras relaciones con nosotros mismos y con la naturaleza; con las personas y con Dios. Jesús, que es Dios y Salvador, por su encarnación es también para nosotros el hermano que camina a nuestro lado, el guía en nuestra vida terrena.

Sugerencias para la reflexión personal y en pareja.

Para la Oración: ¿Qué lugar le damos a la meditación de las palabras y los gestos de Jesús durante su vida terrena? ¿Tiene esto una influencia real en nuestras decisiones cotidianas?

¿Damos gracias por su venida y su presencia fraternal en nuestra condición humana?

Para la Regla de Vida: ¿Qué podríamos hacer que nos permita a cada uno de nosotros acercarnos a Jesús, nuestro hermano y nuestro maestro?

Para el Deber de Sentarse: Nos interrogaremos si las palabras y los gestos de Jesús constituyen una fuente de inspiración para nuestras relaciones conyugales. Pensemos especialmente en la forma en que Jesús está atento al que se presenta delante de Él, a sus problemas, a su verdadero bien. **Reflexionemos a partir de algún pasaje del Evangelio que nos haya impactado.**

Sugerencias para el intercambio en equipo.

- Después de lo estudiado, ¿qué nos resulta más nuevo de la persona de Jesús? ¿Qué hemos reafirmado de nuestro conocimiento?

- En nuestra manera de expresarnos, o, incluso, en nuestra oración, ¿consideramos verdaderamente a Jesús en su humanidad?

- ¿Cuando leemos el Evangelio, si estuviéramos más atentos a la humanidad de Jesús, sería un riesgo para la fe o una ventaja?

- ¿Nos inclinamos a realzar la naturaleza humana de Jesús hasta el punto de no apreciar su naturaleza divina? O bien,

¿tendemos a no ver en Él nada más que la naturaleza divina?

N.B. Es muy útil anotar los puntos esenciales de nuestras reflexiones personales y de pareja. Ayuda a repasarlo más adelante. Y estas notas permitirán, además, una mejor participación al equipo.

La Palabra de Dios para la oración personal y de equipo

(Para la oración en la reunión se elegirá uno de los textos propuestos).

Marcos 6, 2-3

"*Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: "¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas, ¿no viven con nosotros aquí? Y esto les resultaba escandaloso."*

Marcos 10, 17-22

"*Cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno sino Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.» Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño». Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme.» A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico."*

Juan 11, 1.5.32-33

«Un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. [...] Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. [...] Cuando llegó María a donde estaba Jesús,

al verlo se echó a sus pies diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano». Jesús, viéndola llorar y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y, muy conmovido, preguntó."

Gálatas 4, 4

"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, a fin de rescatar a los sujetos a la Ley, a fin de conferirnos la adopción filial"

Hebreos 4, 14-16

"*Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró en los cielos —Jesús, el Hijo de Dios— mantengamos firmes la fe que profesamos. Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna.*

ANOTACIONES:

FECHAS PARA PRÓXIMAS REUNIONES:

	FECHA	HOGAR
AMISTAD		
PREVIA		
TRABAJO		

Segunda reunión

JESÚS, HIJO DE DIOS

«La Palabra era Dios... y se hizo carne.»
(Jn 1, 1.14)

La Palabra de Dios

En el principio ya existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
Por medio de la Palabra se hizo todo,
y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.
En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres.
[…]
Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros,
y hemos contemplado su gloria,
gloria propia del Hijo único del Padre,
lleno de gracia y de verdad.
(Jn 1, 1-5.14)

En nuestra primera reunión hemos reflexionado sobre la humanidad de Jesús, tal como la trasmiten los Evangelios. Como hicieron los primeros discípulos de Cristo, es necesario profundizar en la experiencia vivida con él.

Guiados por el Espíritu que Jesús les había prometido (Jn 16, 12-13), los Apóstoles fueron descubriendo, poco a poco, la realidad divina de Jesús. En el hombre que habían conocido, van poniendo la luz de su divinidad, de su misión, de su destino.

Los documentos más seguros para acceder a esta forma de redescubrimiento de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, son evidentemente los Evangelios y los otros escritos del Nuevo Testamento. Después de las generaciones del Nuevo Testamento, los Padres de la Iglesia continuaron la reflexión, y lo siguen haciendo todos los teólogos y místicos de todas las épocas. Así se constituye el conjunto de conocimientos teológicos que llamamos «cristología», y que alimenta y precisa la fe de los cristianos de todos los tiempos y de todas las culturas.

¿Qué nos dicen las Escrituras sobre la divinidad de Jesús?

Ya hemos dicho que todos los datos necesarios para entender teológicamente la figura de Nuestro Señor Jesucristo nos han sido transmitidos a través de los escritos del Nuevo Testamento. Estos textos expresan lo que será enseguida recogido en el *Credo* que recitamos cada domingo.

- Jesucristo es la Palabra, el Hijo único de Dios Padre (Jn 1, 18), Primogénito de toda criatura (Jn 1, 1-2; Col 1, 15), colmado de todas las gracias (Col 1, 19), que vive desde siempre en el seno del Padre (Jn 1, 18), siendo Él mismo Dios (Jn 1, 1; Flp 2, 6).

- Todo lo que existe, en el cielo y sobre la tierra, ha sido hecho por Él y para Él (Jn 1,3; Col 1, 16-17), Él que es la luz verdadera (Jn 1, 9).
- En los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) aparece ya el misterio de la divinidad de Jesús: por el testimonio que le rinden los que escuchaban sus palabras (Mt 13, 54) y sus actos (Lc 6, 19); por su poder de curación (Mt 14, 33) o por su poder sobre los elementos de la naturaleza (Lc 18, 25); y además, por el convencimiento que el mismo Jesús mostraba de su unión íntima con el Padre de los cielos (Mc 14, 16).
- Cristo, el Verbo de Dios, se despojó de sí mismo; se hizo carne, se hizo servidor y vino a vivir entre los hombres (Jn 1, 14; Fil 2, 7) para revelar que Él es el Hijo de Dios, al que nadie ha visto jamás (Jn 1, 18) y para darnos a conocer el misterio de su voluntad (Ef 1, 9), el que hemos sido escogidos desde antes de la creación del mundo para ser sus hijos adoptivos (Ef 1, 4-5), y que cuando se hayan cumplido los tiempos, todas las cosas serán sometidas a un solo Señor, Jesucristo (Ef 1, 10).
- Pero el mundo no lo reconoció y no lo ha recibido (Jn 1, 5.10-11). Para esto, se hizo «obediente hasta la muerte y una muerte de cruz» (Flp 2, 8); «esto es porque Dios lo ha elevado soberanamente y le ha conferido el nombre sobre todo nombre», haciendo de Él el Señor de la historia (Flp 2, 9-11).
- Por Cristo hemos recibido la remisión de nuestras faltas (Ef 1, 7). Si nosotros lo acogemos, Él nos convierte en hijos de Dios, no por deseo del hombre sino por su voluntad (Jn 12, 13). Porque le ha complacido a Dios reconciliar todos los seres del cielo y de la tierra, haciendo la paz por la sangre de la cruz (Col 1, 20).

- Cristo es también «la cabeza del cuerpo, es decir de la Iglesia» (Col 1, 18).

Tales son las verdades fundamentales que los teólogos y místicos han profundizado en el transcurso de los siglos. Al mismo tiempo, estas verdades alimentan la fe de los simples creyentes de toda época y condición; ellas continúan interpelándonos todavía hoy.

Meditemos estas palabras del Concilio Vaticano II, en la Constitución Apostólica *Gaudium et spes* (n. 22): *«Imagen de Dios invisible (Col 1, 15), Él es el Hombre perfecto que ha restaurado en la descendencia de Adán la semejanza divina, alterada desde el primer pecado. Porque en Él la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida, por el hecho mismo, esta naturaleza ha sido elevada en nosotros también a una dignidad sin igual. Porque, por su encarnación, el Hijo de Dios está de alguna manera unido Él mismo a todo hombre. Él trabajó con manos de hombre, Él pensó con la inteligencia del hombre, Él ha actuado con una voluntad de hombre, Él ha amado con un corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, Él ha llegado a ser verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado (cf. Hch 4, 15).»*

Algunas primeras reflexiones

Está claro que la humanidad de Jesús nos permite tener con Él una relación de intimidad basada en la confianza y de tomarlo como modelo principal en nuestra vida. Pero su divinidad nos pone frente a la profundidad inescrutable del misterio de Dios.

Jesús nos revela la paternidad de Dios y que Dios es amor. Este amor es el motivo fundamental de la presencia de Jesús, Hijo de Dios, en medio de los hombres: Dios no deja a los hombres, no los abandona a su propia suerte. Fiel al proyecto que Él había concebido para el hombre, Dios Padre compromete a su propio Hijo, asociado a la creación desde el origen, para que asuma la tarea de reconciliar a la humanidad y de restablecer para ella la plenitud de vida a la que está destinada.

La presencia de Jesucristo, Hijo de Dios, en el mundo, cambia para siempre nuestra historia y nos hace entrar en una nueva dimensión. Desde ese momento, nuestro destino supera los límites del tiempo y del espacio para formar parte de la eternidad de Dios.

Al unificarse en el Hijo las naturalezas divina y humana y convertirse Cristo en la cabeza del Cuerpo del que somos miembros, hace que los hombres formemos parte del plan de Dios. Y nosotros no somos más que los beneficiarios. Respetuoso con nuestra libertad, Dios espera de nosotros una adhesión activa a sus deseos.

Por esto, podemos comprender cómo San Ireneo pudo decir *que la gloria de Dios, es el hombre viviente, y la vida del hombre es la visión de Dios: ¡si ya la revelación de Dios por la creación proporciona la vida a todos los seres que viven sobre la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por medio del Verbo dará la vida a los que ven a Dios!* (*Contra herejes IV*, 20, 7).

Nosotros vemos a Dios en la persona de Jesucristo; se nos ha concedido vivir para la eternidad como hijos de Dios.

Sugerencias para la reflexión personal y en pareja

Para la Oración: ¿Nos esforzamos con sinceridad a contemplar y a adorar el misterio de la presencia de Dios en Cristo? ¿Buscamos reconocer esa presencia, discreta pero activa, en nuestra vida de cada día?

- ¿Pedimos la ayuda de Dios para tener la actitud de los pastores de Belén y de los Magos (cf. Lc 2, 15-20; Mt 2, 9-11) que supieron escuchar los mensajes que los invitaban a acudir a adorar a Cristo Señor en la humilde humanidad de un niño?

Para la Regla de Vida: ¿Qué podríamos hacer que nos permitiera descubrir las personas, los momentos, los lugares, las lecturas o los objetos que puedan ser signos de la presencia del Hijo de Dios o de sus llamadas?

Para el Deber de Sentarse: Tomemos conciencia de que en nuestro cónyuge está la presencia misteriosa, pero determinante, del Señor, fuente de todo amor. Interroguémonos si concebimos nuestros proyectos y si tomamos nuestras decisiones en función de la voluntad de Dios revelada por la persona de Jesucristo. **Reflexionemos a partir de algún pasaje del Evangelio que nos haya impactado.**

N.B. Es muy útil anotar los puntos esenciales de nuestras reflexiones personales y de pareja. Ayuda a repasarlo más adelante. Y estas notas permitirán, además, una mejor participación al equipo.

Sugerencias para el intercambio en equipo

- Dialoguemos entre nosotros sobre lo que nos ha llamado la atención en el estudio de este capítulo, aquello que sea nuevo o que confirma nuestra fe. ¿Tenemos dificultades para reconocer en Jesús a la Persona del Hijo de Dios?

- Tratemos juntos de descubrir cuál es la importancia de la fe en la divinidad de Cristo para la oración, para la vida litúrgica y sacramental.

- ¿Qué relación podemos reconocer entre Cristo Palabra unido a la humanidad y nuestra unión por el sacramento del matrimonio? (podríamos comunicar al equipo alguna reflexión de nuestra Sentada)

La Palabra de Dios para la oración personal y de equipo

*(*Se podrá elegir entre los textos siguientes, pero también retomar un pasaje del Evangelio mencionado en el desarrollo del tema*)*

Marcos (2, 5-12)

[En Cafarnaúm, le llevan a Jesús un enfermo]

Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados quedan perdonados». Unos escribas que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados fuera de Dios?». Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico "tus pecados quedan perdonados",

o decirle "levántate, toma tu camilla y echa a andar"? Pues, para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados… ». Entonces le dijo al paralítico: «Contigo hablo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa». Se levantó inmediatamente, tomo la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual».

Juan (8, 53-58)

[Al final de un debate polémico con los judíos hostiles le dicen]

"¿Eres tú más que nuestro padre Abraham, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes? Jesús contestó: «Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: "No lo conozco" sería como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio y se llenó de alegría.» Los judíos le dijeron: «No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?» Jesús les dijo: «Os aseguro que antes que naciera Abrahán, existo yo.»

Primera Carta de San Juan (4, 8-10.14-15)

"*Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.*

Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios."

ANOTACIONES:

FECHAS PARA PRÓXIMAS REUNIONES:

	FECHA	HOGAR
AMISTAD		
PREVIA		
TRABAJO		

Tercera reunión

El mensaje de Jesús (1)

«Llevar la buena nueva a los pobres.»
(Lc 4, 18)

La Palabra de Dios

"Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido,
para llevar la buena nueva a los pobres.
Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres,
para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista;
para dar libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor».

Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles: hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír». (Lc 4, 16-21)

En la sinagoga de Nazaret Jesús proclama por primera vez que Él ha venido para anunciar una buena noticia a los pobres. Lo hace citando las palabras del profeta Isaías (61, 1-2), es decir, remitiéndose a la tradición del pueblo elegido que Él continúa y que va a perfeccionar. Contestará lo mismo un poco después, respondiendo a los enviados por Juan Bautista venidos para interrogarle (Lc 7, 18-22).

¿Qué quiere decirnos el Señor?

Primera cuestión: ¿A qué clase de pobres se refería Jesús cuando anunciaba que les llevaba una «buena noticia»? ¿Los pobres materiales o los «pobres de espíritu»? La cuestión es discutida. Pero es evidente que Jesús pensaba en los dos tipos de pobres.

Los Evangelios, en efecto, nos muestran a Jesús ayudando muy a menudo a los pobres materiales, pero sobre todo, a los enfermos físicos o mentales. Recordemos sus curaciones o cómo valora a la viuda pobre que echa su limosna en el Templo (Mc 12, 41-44) o, por el contrario, su crítica a los ricos encerrados en su egoísmo (Lc 6, 24-26). Él pide acoger con prioridad a los pobres (Lc 14, 12-14). Solemnemente declara la importancia decisiva que en el juicio final tendrán los servicios prestados a los pobres (Mt 25, 31-40).

Al mismo tiempo, los Evangelios nos hablan del afecto de Jesús por los niños pequeños que, en su debilidad, ponen su confianza en los que los acogen (Mt 18, 34; Mc 10, 36-37). El publicano consciente de su miseria espiritual será justificado (Lc 18, 9-14). Cuando se dirige a sus discípulos, o a aquel hombre rico al que aprecia, le pide no apoyarse en la seguridad de los bienes,

sino deshacerse de ellos para volverse sin reserva al amor de Dios sobre ellos (Mt 19, 29; Mc 10, 17-22; Lc 12, 22-31).

Podemos, por tanto, concluir que la pobreza a la que Jesús hace referencia tiene aspectos múltiples y complementarios.

Segunda cuestión que se impone: ¿En qué consiste la «buena noticia» que Jesús anuncia a los pobres?

"La buena noticia" es, en principio, que Dios está atento al drama de las diferentes formas de pobreza que marcan profundamente la condición humana. No abandona a los pobres a su suerte, sino que está cercano a ellos, con compasión (Mt 9, 35-36). Él mismo asume todas las limitaciones y pobrezas que comporta la condición humana.

Al mismo tiempo, la "buena noticia" que Jesús anuncia a los pobres abre el horizonte de una redención final: les promete ser privilegiados en el «Reino de los Cielos». *«Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis»* (Lc 6, 21). Los que son los últimos en esta tierra serán los primeros a entrar en la comunión plena con Dios (Mt 19, 30).

Desde esta perspectiva la redención se manifiesta en un camino concreto: Jesús proclama en su predicación, la igualdad y la fraternidad de todos ante Dios: *«Sed todos hermanos»* (Mt 19, 30). Estas ideas han pasado a formar parte del pensamiento humanista aún cuando la propia sociedad no quiera reconocer su origen evangélico.

Hay, por fin, una tercera promesa de Jesús a los que se hacen pobres por el amor a Dios. A aquéllos que, en un abandono confiado, dejan todo lo que protege y parece garantizar la autosuficiencia, Jesús asegura, no solamente la gloria en los cielos, sino también la alegría de una plenitud de vida en esta tierra (Mc 10, 29-30).

Sugerencias para la reflexión personal y en pareja

Para la Oración: ¿Busco una actitud humilde y confiada en mi relación con el Señor? ¿Soy consciente de mis limitaciones ante la bondad infinita de Dios hacia mí?

- Cuando oramos al Señor, ¿nos sentimos solidarios espiritualmente ante Él de la pobreza, material o espiritual, que se da en nuestro entorno inmediato o en el mundo? ¿Meditamos profundamente sobre el poder redentor del amor de Dios hacia quienes están necesitados, en todo tiempo y en todo lugar?

Para la Regla de Vida: En función de nuestras condiciones de vida, ¿qué podríamos proponernos, de una manera concreta, para corresponder a la «buena noticia» anunciada por el Señor, a los pobres que tenemos cerca en nuestra vida diaria?

- ¿Qué clase de desprendimientos y de purificación necesitamos para acercarnos a la «pobreza de espíritu» que es una condición para ser recibidos en el Reino de los Cielos.

- Cada uno de nosotros, en su participación responsable y reflexionada en la vida social e institucional, ¿es consciente de que debe contribuir a mejorar la vida colectiva en la ciudad?

Para el Deber de Sentarse: Cuando descubrimos en nuestro propio hogar limitaciones y debilidades físicas o espirituales, ¿somos capaces de no reprochárnoslas?, ¿Las aceptamos?, ¿Cómo es dicha aceptación?, ¿Somos capaces de admitir que forman parte de la «pobreza» que marca, de múltiples maneras, la condición humana y que es con estas limitaciones con las que Jesús nos ama?

- Ante estas formas de pobreza de los demás, ¿nos alejarnos o incluso emitimos juicios poco caritativos? O bien, ¿nos acercamos e imitamos la actitud compasiva que Jesús tuvo con los pobres?

(**Reflexionemos a partir de la lectura de algún pasaje evangélico que nos haya impactado)**

N.B. Es muy útil anotar los puntos esenciales de nuestras reflexiones personales y de pareja. Ayuda a repasarlo más adelante. Y estas notas permitirán, además, una mejor participación al equipo.

Sugerencias para el intercambio en equipo

- El mensaje de Jesús sobre la pobreza ¿nos hace descubrir nuestra «no-pobreza», es decir, nuestras pretensiones de auto-suficiencia, nuestros deseos posesivos de todo orden?

- ¿El Evangelio es para nosotros una llamada a procurar un estilo de vida más sobrio y austero? ¿Encontramos en el Evangelio la motivación para compartir fraternalmente?

- Ante los problemas dramáticos de la pobreza material, psicológica y espiritual tan extendidos en nuestro mundo desarrollado y en los países en vía de desarrollo, a pesar de los avances técnicos y económicos de nuestra época, ¿qué nos pide hoy el Evangelio a nosotros? ¿Cómo podemos ser testigos de la «buena noticia a los pobres»?

- Aunque ocupemos un puesto sencillo en nuestra sociedad, ahí donde estamos, ¿ponemos en práctica el amor a los pobres?

La Palabra de Dios para la oración personal y de equipo

(Se podrá elegir entre los textos siguientes, pero también escoger un pasaje del Evangelio mencionado en el desarrollo del tema)

Marcos 10, 28-31

« Pedro se puso a decirle [a Jesús]: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús dijo: «Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y hermanos e hijas y

tierras, con persecuciones—, y en la edad futura, vida eterna. Muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros»

Lucas 10, 21-22

«En aquel momento, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó: «Te doy gracias, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quien es el Hijo, sino el Padre; ni quien es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.»

Salmo 33/34, 1-9.16-23 El pobre ora al Señor. Jesús oraba con estos salmos

Bendeciré a Yahveh en todo tiempo,
sin cesar en mi boca su alabanza;
en Yahveh mi alma se gloría,
¡óiganlo los humildes y se alegren!

Engrandeced conmigo a Yahveh,
ensalcemos su nombre todos juntos.
He buscado a Yahveh, y me ha respondido:
me ha librado de todos mis temores.

Los que miran hacia Él, refulgirán:
no habrá sonrojo en su semblante.
Cuando el pobre grita, Yahveh oye,
y le salva de todas sus angustias.

Acampa el ángel de Yahveh
en torno a los que le temen y los libra.
Gustad y ved qué bueno es Yahveh,

dichoso el hombre que se cobija en Él.

Los ojos de Yahveh sobre los justos,
y sus oídos hacia su clamor,
el rostro de Yahveh contra los malhechores,
para raer de la tierra su memoria.

Cuando gritan aquellos, Yahveh oye,
y los libra de todas sus angustias;
Yahveh está cerca de los que tienen roto el corazón,
Él salva los espíritus hundidos.

Muchas son las desgracias del justo,
pero de todas le libera Yaveh;
todos sus huesos guarda,
no será quebrantado ni uno solo.

La malicia matará al impío,
los que odian al justo lo tendrán que pagar.
Yahveh rescata el alma de sus siervos,
nada habrán de pagar los que en Él se cobijan.

ANOTACIONES:

FECHAS PARA PRÓXIMAS REUNIONES:

	FECHA	HOGAR
AMISTAD		
PREVIA		
TRABAJO		

Cuarta reunión

El mensaje de Jesús (2)

«Estoy en medio de vosotros como el que os sirve»
(Lc 22, 27)

La Palabra de Dios

[Santiago y Juan habían pedido a Jesús los primero lugares junto a Él. Entonces Jesús se dirige al grupo de los Apóstoles]:

"Jesús reuniéndolos, les dijo: «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.» (Mc 10, 42-45)

«Estoy en medio de vosotros como el que os sirve.» (Lc 22, 27) Al término de su vida, durante la última Cena, Jesús pronuncia estas palabras como respuesta a la discusión de los Apóstoles que querían saber quién de ellos era el más grande.

¿Qué quiere decirnos el Señor?

En la predicación de Jesús, la enseñanza sobre el «servicio» se hace cada vez más explícita, precisamente por la presentación que hace del servidor bueno y fiel. Este servidor es el mayordomo fiel y diligente que toma la iniciativa para el bien de la casa de su señor (Mt 24, 45-47), que trabaja activamente en la

ausencia de su amo (Lc 12, 42-44), que negocia inteligentemente los talentos recibidos en depósito (Mt 25, 14-23), que vela constantemente esperando el regreso de su señor (Mc 13, 34-36) y que después de haber cumplido todas sus obligaciones, permanece humilde y sin pretensiones. (Lc 17, 7-10).

Por otra parte, en el comportamiento personal de Jesús descubrimos otra enseñanza sobre el servicio: el ejemplo práctico de lo que quiere decir «servir». Pensemos en la compasión que muestra con frecuencia por las personas que sufren y a las que cura. Y tenemos el gesto impresionante del lavatorio de los pies a sus apóstoles en la Última Cena (Jn 13, 2-6).

Pero el misterio de Jesús que se proclama «servidor» tiene una profundidad que va más allá de lo puramente moral y social. Nos damos cuenta de ello contemplando la resistencia de Jesús en las tentaciones en el desierto rehusando utilizar su poder para alcanzar sus objetivos (Mt 4, 8-10). Más explícitamente, escuchamos a Jesús declarar: *«…es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que lo que el Padre me manda yo lo hago.»* (Jn 14,31). Y cómo responde a los discípulos que buscan los puestos mejores: *«Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.»* (Mc 10,45)

Esta manifestación del proyecto de salvación de los hombres, expresión de la voluntad del Padre, nos revela el papel del Hijo en dicho proyecto. Jesús hombre, la segunda Persona de la Trinidad se despoja radicalmente de su condición divina para asumir la humana. Desde esta situación, el Hijo se entrega al servicio de los hombres por amor, sin reservas: *«…Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.»* (Jn 13,1). Él es el Salvador que comparte totalmente la condición humana hasta en sus consecuencias más trágicas: la muerte sobre la cruz.

¿Cuál es el motivo profundo que inspira esta conducta de Jesús? La respuesta es clara: Jesús acepta la misión que el Padre le encomienda porque *«Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: Dios ha enviado a su Hijo único al mundo a fin de que nosotros vivamos por Él»* (1 Jn 4, 8-9). Jesús, el Hijo, vive y se mueve en perfecta comunión trinitaria con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: *«El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos y haremos morada en él.»* (Jn 14,23; cf. 1, 18; 3, 35; 17, 24)

La creación es el proyecto de amor de Dios; en ningún momento renuncia a este proyecto, se mantiene fiel aún cuando el hombre pecador se olvide de Él; es más, de tal manera está decidido a llevar adelante sus designios de amor que se involucra personalmente en la salvación del hombre y así, su Hijo se hace uno de nosotros y vive, muere y resucita por nuestra salvación.

No olvidamos que este plan de Dios, el *misterio* de la Redención, sigue presente para nosotros. Durante la Última Cena, el Señor quiso, antes de consumar su sacrificio, dejarnos el memorial por el cual se nos hace presente y se queda para siempre entre nosotros: la Eucaristía. En efecto, en la Eucaristía, el Señor, que es el que sirve se entrega totalmente al Padre y se ofrece por sus hermanos los hombres.

El Concilio Vaticano II aclara y muestra la unión entre nuestra participación como laicos en la liturgia y nuestra vida cotidiana: *«Dado que Cristo Jesús, supremo y eterno Sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, los vivifica con su Espíritu y los impulsa sin cesar a toda obra buena y perfecta. Pues a quienes asocia íntimamente a su vida y a su misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal con el fin de que ejerzan el culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo cual, los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son admirable-*

mente llamados y dotados, para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 Pe 2,5), *que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios.»* (Constitución sobre la Iglesia, nº 34).

Sugerencias para la reflexión personal y en pareja

Para la Oración: Cuando meditamos sobre la persona de Jesús y oramos, ¿cuáles son los aspectos que más nos conmueven de Él: el autor de milagros, el maestro de vida o el servidor que se pone al servicio del hombre hasta el punto de entregar su vida?

Para la Regla de Vida: ¿Qué uso hacemos del "poder", más o menos fuerte, del que disponemos en las diferentes situaciones concretas de nuestra vida respecto a las personas que nos rodean? ¿Qué significa para cada uno de nosotros *ponerse al servicio* de las personas que, directa o indirectamente, están a nuestro cargo en la vida ordinaria?
- Inversamente, ¿Cómo nos situamos en la relación de servicio con respecto a las personas de las que dependemos en la vida cotidiana? ¿Sufrimos en esta relación? ¿O bien la vivimos con espíritu de disponibilidad?

Para el Deber de Sentarse: ¿En qué medida el espíritu de servicio caracteriza nuestras relaciones en el matrimonio? ¿Está cada uno al servicio del crecimiento humano y espiritual del otro? ¿O bien, cedemos a la tentación de hacer prevalecer nuestros derechos y hacer que nos sirvan? **Reflexionemos a partir de algún pasaje del Evangelio que nos haya impactado.**

N.B. Es muy útil anotar los puntos esenciales de nuestras reflexiones personales y de pareja. Ayuda a repasarlo más adelante. Y estas notas permitirán, además, una mejor participación al equipo.

Sugerencias para el intercambio en equipo

- Compartamos si ha habido alguna reacción en nosotros después de haber reflexionado sobre el servicio según el Evangelio acerca de la figura de Jesús Servidor.

- Ponemos en común nuestra forma de entender el espíritu de servicio en el matrimonio, en la familia, y más ampliamente en las relaciones sociales.

- ¿Pensamos que el cambio evangélico entre «primeros» y «últimos» puede aplicarse realmente?

- ¿Qué podemos comentar de las palabras de Jesús referidas por San Pablo: «Hay más satisfacción en dar que en recibir»? (Hch 3,5)

La Palabra de Dios para la oración personal y de equipo

*(*Se podrá elegir entre los textos siguientes, pero también retomar un pasaje del Evangelio mencionado en el desarrollo del tema.)

Juan 13, 1-5.12-15

"Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. [...] Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara; y Jesús, sabiendo que el

Padre lo había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarle los pies a los discípulos, secándolos con la toalla que se había ceñido. [...]
Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis bien lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.»

Lucas 12, 35-40

"Dijo Jesús a sus discípulos: «Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo. Y, que llega entrada la noche o de madrugada y los encuentra así, dichosos ellos. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.»"

Salmo 100/99

¡Aclamad a Yahveh, toda la tierra,
servid a Yaveh con alegría,
llegaos ante Él entre gritos de júbilo!

Sabed que Yahveh es Dios,
Él nos ha hecho y suyos somos,
su pueblo el rebaño de su pastor.

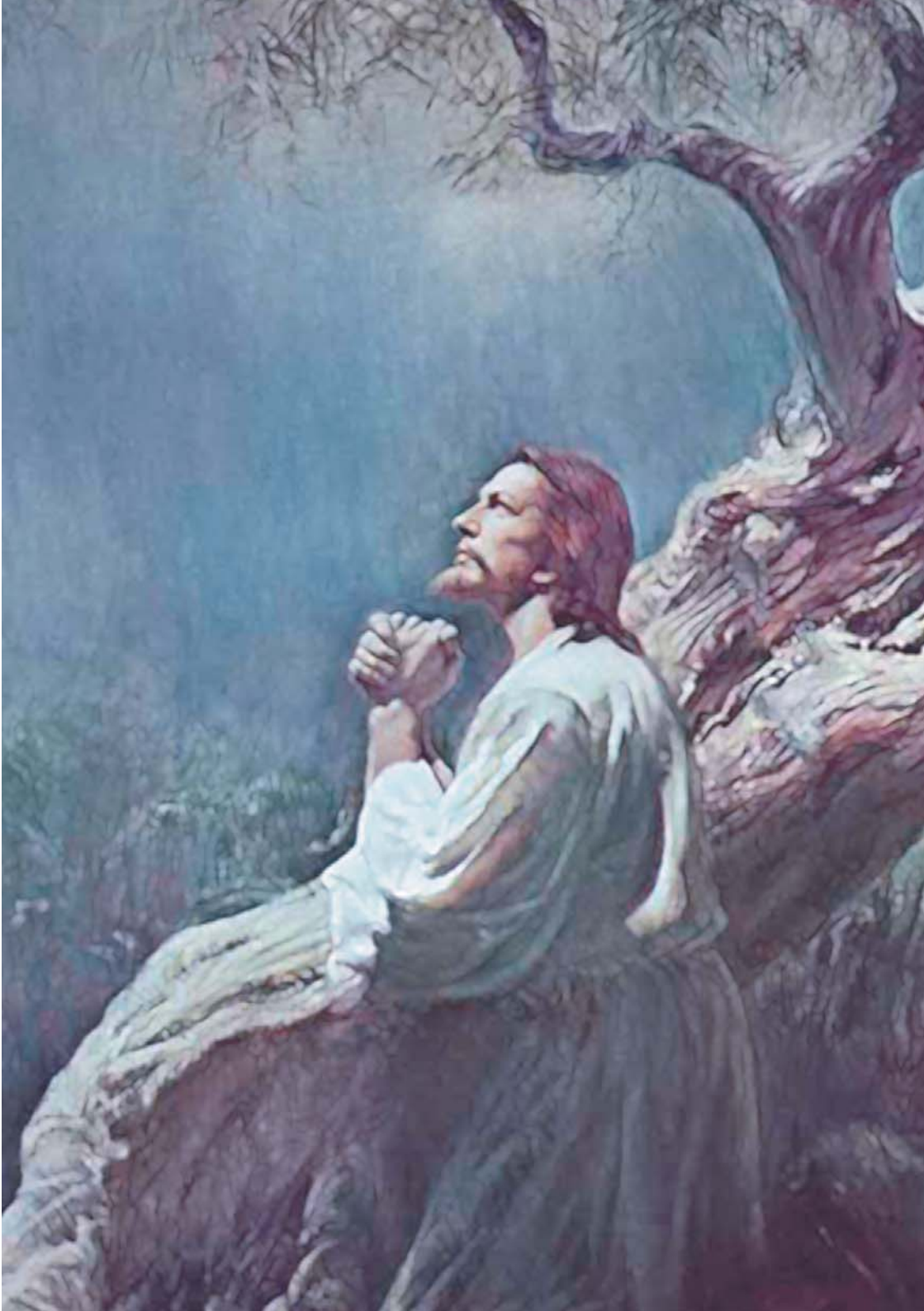
¡Entrad en sus pórticos con acciones de gracias,
con alabanzas en sus atrios,
dadle gracias, bendecid su nombre!

Porque es bueno Yahveh,
para siempre es amor,
por todas las edades su lealtad.

ANOTACIONES:

FECHAS PARA PRÓXIMAS REUNIONES:

	FECHA	HOGAR
AMISTAD		
PREVIA		
TRABAJO		



Quinta reunión

El mensaje de Jesús (3)

«Vosotros rezad así.»
(Mt 6, 9)

La Palabra de Dios

«Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pié en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

Cuando recéis no uséis muchas palabras como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis.

Vosotros rezad así:
Padre nuestro del cielo,
santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo,
danos hoy el pan nuestro de cada día,
perdónanos nuestras ofensas,
pues nosotros hemos perdonado
a los que nos han ofendido,
no nos dejes caer en la tentación,
sino líbranos del maligno.» (Mateo 6, 5-13)

Los primeros cristianos adoptaron ya el *Padre nuestro* como la oración por excelencia. Desde entonces es como lo hemos aprendido del Salvador, y según su enseñanza, nos atrevemos a decir…

En el *Padre nuestro*, Jesús nos enseña una nueva manera de dirigirnos a Dios, llamándole *¡Abba!,* ¡Padre! Esto nos sitúa, desde el principio, en una nueva dimensión de confianza, como hijos suyos. Los cristianos somos los únicos que sabemos que Dios es nuestro Padre. Esto no fue revelado a Moisés ni a los Profetas, pues nosotros hemos recibido esta revelación de Jesús, su Hijo. A cada uno de nosotros personalmente, el Señor nos llama «hijo mío».

¿Qué nos dice el Señor de la oración?

¿Por qué debemos orar?

El mismo Jesús da ejemplo de la importancia de la oración. Los cuatro evangelistas coinciden en afirmar que Jesús oraba a menudo, especialmente en los momentos más importantes. Marcos nos refiere tres circunstancias particulares: al comenzar su ministerio público (Mc 1, 35), después de la multiplicación de los panes y los peces (4, 46), y en el umbral de la Pasión, en el huerto de los olivos en Getsemaní (14, 32).

Además, Jesús nos enseña cuál ha de ser la actitud del cristiano en la vida cotidiana: permanecer en relación permanente con Dios, en todas nuestras actividades, ya sea el trabajo, las relaciones sociales o familiares, para darle un sentido a toda la vida. Sólo en este sentido podemos entender estas palabras de Jesús: *«Sin mí no podéis hacer nada»* (Jn 15, 5). La oración es

como un puente entre Dios y el hombre que posibilita un diálogo auténtico que transforma toda la vida.

Como creyentes, oramos porque somos conscientes de nuestra dependencia respecto de Dios. Con humildad y confianza reconocemos a Aquel que ha dado la vida por amor.

Como discípulos de Jesús, creemos que el Hijo de Dios hecho hombre está presente entre nosotros y en nosotros, confesamos que nuestra oración es aquélla misma de Jesús: Él ora con nosotros y en nosotros.

En la oración nos reconocemos frágiles y pecadores, y sabemos que sin ella es imposible conservar la fe y la caridad y permanecer puros y generosos. Si en algún momento nos asaltara la tentación de que sólo es un deber, una obligación, no olvidemos que la oración también es fuente de gozo porque nos hace entrar en un diálogo filial con Dios a través de Jesucristo.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que la oración es «la elevación del alma a Dios para pedirle a Dios los bienes que nos convienen» (n.2559). Y además: «La oración es un don, una gracia […] una relación de alianza establecida por Dios en el fondo de nuestro ser» (n.2713). «Es acción de Dios y del hombre» (n. 2564).

¿Cómo orar?

Jesús nos enseña a orar y escucha nuestra oración y nos invita a hacerla de manera que sea: personal e íntima, humilde, perseverante y confiada.

- Personal e íntima. Es necesario que la oración personal de cada uno de nosotros, de corazón a corazón con Dios nuestro Padre, se

haga en silencio y desde el fondo de nosotros mismos. Jesús nos lo dice claramente: *«Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.»* (Mt 6, 6). *«De madrugada, se levantó, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba»* (Mc 1, 35).

Los evangelistas nos refieren que Jesús se retiraba a menudo para orar: «*Pero Él solía retirarse a despoblado para orar.»* (Lc 5,16). *«Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar.»* (Mt 14,23). *«Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar.»* (Mc 1, 35)

Es cierto que la oración comunitaria es necesaria y deseable, pero no debe sustituir nunca al precepto del Señor de orar al Padre en lo profundo del corazón. Es lo que afirma el Concilio Vaticano II: *«Con todo, la participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto: más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol.»* (Constitución ***Sacrosanctum concilium*** sobre la Sagrada liturgia, n.12)

- Humilde. Nuestra oración ha de tener la simplicidad del niño que habla con su Padre. Debe ser humilde como Jesús nos lo enseña en la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14), o en el ejemplo del leproso que le implora: *«Señor, si quieres, puedes limpiarme.»* (Mt 8,2) *«Dios resiste a los orgullosos, pero da su gracia a los humildes»* (Sant 4, 6). El centurión, consciente de no pertenecer al pueblo elegido, solicita muy humildemente la curación de su servidor y, antes de que Jesús llegara a su casa, *«…envió unos amigos a decirle: "Señor, no te molestes; no soy yo quien para que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir personalmente".»* (Lc 7, 6-7)

- Perseverante. En los Evangelios Jesús enseña sirviéndose de numerosas parábolas la fuerza de una oración de petición perse-

verante. Lucas escribe: *«Jesús para explicar a sus discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola:»* (Lc 18, 1-8: es la parábola del juez inicuo y la viuda inoportuna). No faltan ejemplos en los Evangelios de casos donde la insistencia da su fruto. La cananea sigue a Jesús con sus gritos: *«Tened piedad de mí, Señor, hijo de David: mi hija está poseída por un demonio».* Y Jesús, que alaba su fe, la escucha. El ciego de Jericó, también él, redobla los gritos al paso del Señor: *«Señor, ten piedad de mí, Hijo de David»* (Mt 20, 29-34). ¿Cuántas veces nos olvidamos de que Jesús está cerca de nosotros y que nosotros podemos apelar a su piedad?

- Confiada. Refiriéndose a la bondad del Señor, el Centurión termina su mensaje: *«Di una palabra y mi criado quedará sano» (Lc 7,7).* En la misa nosotros repetimos estas palabras en el momento de comulgar. Jesús nos invita a la confianza: *«Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.»* (Lc 11,9). «*Todo lo que pidáis con una oración llena de fe, lo obtendréis».* (Mt 21, 22; cf. Mc 11, 20-27). San Agustín pone como ejemplo de la oración confiada, del abandono total en las manos del Señor, la de Marta cuando Jesús llega a Betania después de la muerte de Lázaro: *«Señor, si tú hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.»* (Jn 11, 21-22).

La oración de petición nace en nosotros cuando, conscientes de nuestras limitaciones y seguros de que Dios es nuestro Padre, con confianza nos dirigimos a Él para pedir aquello que necesitamos. Jesús mismo, en Getsemaní, hizo una oración de petición al Padre por sí mismo. *«¡Abba, Padre! Si es posible, aleja de mí este cáliz»*, pero prosiguió: *«mas no se cumpla mi voluntad, sino la tuya»* (Mc 14, 36). Jesús nos da aquí la regla de oro de toda oración de petición: en última instancia, confiarse a la voluntad de Dios, desear la voluntad de Dios y no la nuestra.

Algunos consejos útiles para nuestra oración:

- El objetivo de nuestra oración debe ser, ante todo, el encuentro con Dios. Si tenemos necesidad de consuelo, esto será una consecuencia pero no la meta de nuestra búsqueda.
- Para orar, es preciso que hagamos silencio, interior y exterior. Nuestra relación con los otros, nuestra atención a sus necesidades, nuestro reconocimiento, nuestra generosidad, la reconciliación necesaria… favorecerán y constituirán el clima necesario para nuestra oración.
- No nos sintamos abatidos si nos parece que «Dios no nos escucha» y que nuestras oraciones de petición no quedan satisfechas. Puede ser que hayamos pedido alguna cosa que verdaderamente no nos convenga, aunque desde nuestro punto de vista humano no nos demos cuenta. Estos «silencios aparentes» de Dios nunca son una ausencia de Dios.
- No nos desanimemos en periodos de aparente aridez, cuando una oración relajada nos parezca verdaderamente difícil, la perseverancia de nuestra presencia ante Dios y su gracia producirán sus frutos.
- ¿Hemos comprobado que Jesús experimenta constantemente la necesidad de encontrarse a solas con el Padre? ¿Cuál será su diálogo…? El Evangelio es discreto. Lo que es seguro, es que un intercambio entre el Hijo y el Padre, en el círculo infinito de amor que sella el Espíritu Santo, se produce.
- Verdaderamente, la oración puede hacernos decir a Dios: *¡Padre!* y también *¡Papá!,* y que nos demos cuenta de que Él nos dice: *¡hijo mío!* y nos invita a participar del amor infinito vivido en la unidad trinitaria.

Sugerencias para la reflexión personal y en pareja

(Lo estudiado en este capítulo nos lleva a cuestiones más amplias de lo habitual y que tienen un interés y una importancia más allá del tiempo que trascurre entre una reunión de equipo y la siguiente. Puede ser útil retomar estas sugerencias de vez en cuando para detenernos a reflexionar de nuevo, personalmente y en pareja.)

Para la Oración: ¿Tenemos conciencia de las condiciones necesarias para la oración personal, a saber: apaciguarnos, no estar presionados, buscar el silencio interior y exterior? Porque no se trata de realizar una tarea, sino de encontrarnos con Dios.

- En nuestras oraciones conyugales, naturalmente pedimos por nuestros hijos y nuestros familiares, con sus preocupaciones y sus esperanzas. Nuestro amor de padres nos lleva a dar un puesto prioritario en la oración a nuestros hijos. Puede ser, a veces, que nos olvidemos de pedir por nosotros mismos…
- ¿Nos atrevemos a hacer silencio, a hablar menos y a ponernos a la escucha del Señor, a través de su Palabra y de su Espíritu? ¿Nuestra oración está en comunión con la de toda la Iglesia?
- ¿Nos hemos parado a pensar que es bueno ocupar un tiempo de oración para realizar un «examen de conciencia»? En el sentido de que en la presencia del Señor pudiéramos cada día:
  - dar gracias por los dones recibidos y pedir iluminación;
  - reflexionar sobre mis acciones, mis deseos, mis proyectos;
  - pedir perdón;
  - tomar resoluciones y pedir la gracia de serle fieles.

Para la Regla de Vida: Con ocasión de este tema, podríamos orientar nuestra regla de vida hacia el compromiso de tener un momento de oración cada día, tal vez como primer acto de la jornada; y podría consistir en:

- Agradecer al Señor el nuevo día

- Ofrecer nuestra actividad de la jornada
- Pedir saber hacer obras de caridad, de pensamiento, palabra y acto en relación con todos aquellos con los que me relacionaré.
- Pedir la gracia de saber dar testimonio de la fe y la esperanza…
- Proponerse realizar algo concreto al terminar la oración

Para el Deber de Sentarse: Hablemos con nuestro cónyuge en presencia de Dios sobre ¿Cómo es en estos momentos nuestra oración personal y conyugal? ¿Qué dificultades atraviesa y cómo podemos ayudarnos uno al otro? ¿Qué progresos hemos visto en el último año? ¿Hemos compartido con nuestros hijos alguna cosa de nuestra oración, que nosotros hablamos con Dios nuestro Padre conjuntamente? ¿Cuál es la calidad de nuestra oración familiar, si la hacemos? ¿Qué ayudas necesitamos? ¿El equipo nos puede ayudar?

N.B. Es muy útil anotar los puntos esenciales de nuestras reflexiones personales y de pareja. Ayuda a repasarlo más adelante. Y estas notas permitirán, además, una mejor participación al equipo.

Sugerencias para el intercambio en equipo

- ¿Qué podemos decirnos unos a otros sobre nuestra experiencia de la oración a todos sus niveles y de su incidencia en la vida de nuestro matrimonio y nuestra familia?

- ¿Qué lugar ocupa la Palabra de Dios en nuestra oración? ¿Oramos con los Salmos como hacía Jesús? ¿Cómo meditamos nosotros un pasaje del Evangelio?

- La oración de petición es la más espontánea, y Jesús la alienta. ¿Qué otras actitudes de oración nos resultan más fáciles de practicar?

- ¿Somos felices al orar?

- Podemos compartir con los demás miembros del equipo cómo procuramos vivir nuestra jornada sin olvidar la presencia de Dios: por ejemplo, si practicamos la oración vocal repetitiva como el rosario en nuestros desplazamientos, si tenemos un pensamiento, aunque sea muy breve, al pasar delante de una iglesia o ante la presencia real en el sagrario, si hacemos breves invocaciones repetidas a lo largo del día, si repetimos expresiones del Evangelio como hacían aquellas personas que imploraban el auxilio de Jesús (los ciegos de Jericó, etc).

La Palabra de Dios para la oración personal y de equipo

(Se podrá elegir entre los textos siguientes, pero también retomar un pasaje del Evangelio mencionado en el desarrollo del tema.)

Salmo 23/22. Recordamos que Jesús oraba con los Salmos. La imagen del pastor, procedente del Antiguo Testamento, se aplica a Jesús, Buen Pastor.

El Señor es mi pastor, nada me falta.
Por prados de fresca hierba me apacienta.

Hacia las aguas de reposo me conduce,
y conforta mi alma;
me guía por senderos de justicia,
en gracia de su nombre.

Aunque pase por valle tenebroso,
ningún mal temeré, porque tú vas conmigo;
tu vara y tu cayado me sosiegan,

Tú preparas ante mí una mesa
frente a mis adversarios;
unges con óleo mi cabeza,
rebosante está mi copa.

Sí, dicha y copa me acompañarán
todos los días de mi vida;
mi morada será la casa de Yaveh y
a lo largo de los días.

Juan 17, 17-26. San Juan nos desvela algo de la oración de Jesús, en la víspera de la Pasión. Jesús ora por todos *«los que el Padre le ha dado».*

«Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo.Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad. Padre Santo, no sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también lo sean en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.

También les di a ellos la gloria que me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí.

Padre, ése es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy, y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo.

Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu Nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, como también yo estoy en ellos».

Anexo

Notas sobre el Padrenuestro

Incorporamos a este tema una reflexión sobre las peticiones que se incluyen en la oración del Señor que se encuentra en el Discurso de la Montaña, en el que el Evangelio refiere diferentes enseñanzas de Jesús sobre muchos aspectos de la vida del cristiano y que comienza con las Bienaventuranzas. Él invita, a continuación, a observar la Ley con una mayor exigencia de justicia en la vida fraternal, en la limosna, en el ayuno y en la oración.

-***Padrenuestro.*** Con esta invocación inicial, Jesús nos enseña una actitud fundamental: situarnos ante Dios como el niño ante su padre: con respeto, veneración, reconocimiento, amor. El mismo Jesús durante su vida en la tierra se dirigía al Padre con un afecto filial. Pero no olvidemos que nosotros oramos diciendo *«Padre nuestro»,* y que todo lo que sigue en la oración se expresa en plural: *nosotros*. Así Jesús, que nos invita a retirarnos en secreto para orar, nos dice que la oración, aun siendo personal, nunca es la de un ser aislado. Los demás están de alguna manera presentes en nuestra oración que reúne la de todos los justos que oran. Las dos palabras de la invocación primera significan que oramos por todos los hombres, también por los que no oran, porque no quieren o no saben orar. Por ellos, como por todos, damos gracias por todos los bienes que ha dado a la humanidad e intercedemos por los que tienen más necesidad, especialmente por los que tenemos más próximos. A su vez, por la solidaridad de la comunión de los santos, cada uno esta-

mos ligados a la oración de todos los que, como nosotros, se dirigen a *nuestro Padre*.

-***Santificado sea tu nombre*.** Con esta expresión pedimos para que Dios sea conocido, honrado y amado por todos, y por nosotros en particular. Podemos servir a la gloria de Dios si nos volvemos hacia Él con todo nuestro ser, con nuestros pensamientos, nuestro amor, nuestros actos.

-***Venga nosotros tu reino*.** Aquí la petición va dirigida para que Dios reine en nosotros y que su gracia de santidad penetre en nuestro corazón y nuestra voluntad y que nos guarde unidos a Él por la fe, la esperanza y la caridad. Oramos también para que la Iglesia sea ya manifestación del Reino de Dios en medio de los hombres. Oramos, en definitiva, para que todos nosotros seamos reunidos, en la consumación de los siglos, por la santidad eterna.

-***Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*.** Expresamos nuestro deseo de aceptar plenamente la voluntad de Dios, confiando en su benevolencia y misericordia. Al mismo tiempo, manifestamos nuestro deseo de cumplir su voluntad en nuestro mundo, como lo hacen en el cielo los ángeles y los santos. Seguimos aquí la actitud ejemplar de la Virgen María en la Anunciación: *«¡He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu Palabra!»* (Lc 1, 38).

-***Danos hoy nuestro pan de cada día*.** Esta petición es la primera orientada hacia nuestras propias necesidades. No pedimos la riqueza, sino lo que nos hace falta todos los días. Recibimos el regalo del sustento diario de Dios, sin

angustia por el mañana (cf. Mt 6, 25-34). Muchos, sobre todo cuando el Padrenuestro se recita en la Misa, piensan en el Pan de vida, el don vital de la Eucaristía.

-***Perdona nuestras ofensas como nosotros también perdonamos a los que nos ofenden.*** Ante Dios nuestro Padre, no podemos sino reconocernos pecadores y pedir su perdón. ¿Pero cómo será posible, si no procuramos nosotros practicar el perdón al hermano? Recordemos la llamada de Jesús a la reconciliación fraterna antes de presentar nuestra ofrenda ante el altar (Mt 5, 23-24). Conocemos la respuesta que dio a Pedro que le preguntaba el número de veces que era necesario perdonar: «*¡hasta setenta veces siete!*» La parábola del servidor despiadado que sigue, aclara también la cuestión (Mt 18, 21-35).

-***No nos dejes caer en la tentación.*** Con esta petición final, reconocemos nuestra debilidad: somos seres vulnerables frente a las múltiples tentaciones presentes en nuestra vida. Y pedimos la ayuda de Dios para que no nos falte el coraje para permanecer fieles a su voluntad, en las decisiones de todos los días.

-***Y líbranos del mal.*** Con estas palabras expresamos la esperanza de ser liberados, con la ayuda de Dios, de todo lo que puede ser malo en nosotros y para nosotros, a fin de hacernos dignos de nuestra condición de hijos de Dios.

ANOTACIONES:

FECHAS PARA PRÓXIMAS REUNIONES:

	FECHA	HOGAR
AMISTAD		
PREVIA		
TRABAJO		

Sexta reunión

El mensaje de Jesús (4)

«Quiero misericordia y no sacrificio.»
(Mt 12, 7)

La Palabra de Dios

«Vio Jesús al pasar a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió. Y, estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro Maestro come con publicanos y pecadores?». Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios": *que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores».* (Mateo 9, 9-13)

«Un sábado de aquellos, Jesús atravesaba un sembrado; los discípulos, que tenían hambre, empezaron a arrancar espigas y a comérselas. Los fariseos, al verlo, le dijeron: «Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado.» Les replicó: «¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios y comieron de los panes presentados, cosa que no les estaba permitida ni a él ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes. ¿Y habéis leído

en la Ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa? Pues os digo que aquí hay uno que es más que el templo. Si comprendierais lo que significa "quiero misericordia y no sacrificios", no condenaríais a los que no tienen culpa. Porque el Hijo del hombre es señor del sábado.» (Mateo 12, 1-8)

Jesús estaba familiarizado con la Ley, con la Escritura y con el corazón humano. Él cita dos veces, en los pasajes que se acaban de leer, una palabra del profeta Oseas (6,6). En nuestro primer texto, Jesús responde a sus detractores citándoles firmemente la palabra del Profeta. «*Andad, aprended…* » En el segundo pasaje, Jesús argumenta con los fariseos según su método: Él invoca el ejemplo de David que no puede ser contestado. Y así, Él desenmascara su actitud ritualista, su interpretación de la Ley a la letra más que a su espíritu.

PRIMERAS NOTAS:

Para profundizar en este aspecto del mensaje de Cristo, es importante comprender bien el sentido que tienen las palabras: *misericordia* y *sacrificio* para Jesús.

Misericordia.

Si acudimos al libro de Oseas, al que hace referencia los textos citados, encontraremos la expresión traducida así: *«Es el amor el que me complace y no los sacrificios».* No os asombréis: en Dios el amor es benevolente, fiel, que podemos traducir con nuestra palabra *misericordia*. Según Dios, la misericordia es propiedad del corazón. Y también una bondad consciente, querida, que se ejerce a la vista del pueblo elegido, como recuerdan estas palabras del Éxodo: *«Yahvé, Dios de ternura y de piedad, lento a la cólera, rico en gracia y en fidelidad; que guarda su gracia a los mejores, tolera la falta, la trasgresión y el pecado…»* (34, 6-7). Dios no ignora el pecado, pero su ternura y misericordia está dispuesta al perdón. Leemos en el Deuteronomio: *«Tu Dios es un Dios misericordioso que no te abandonará ni te*

destruirá, y que no olvidará la alianza que él ha establecido por juramento con tus padres.» (4,31). En suma, la misericordia es un atributo de Dios.

¿Es preciso añadir que los hombres que se benefician de la misericordia divina están llamados a vivir fraternalmente?

Los textos del Antiguo Testamento nos ayudan a comprender mejor el mensaje de Jesús; en Él la misericordia alcanza su mayor expresión en su compasión ante enfermos y pecadores; y no se cansa de proclamar que la misericordia divina se manifiesta en el perdón del que es su mejor exponente la parábola del hijo pródigo (cfr. Lc 15).

Sacrificio.

Este término es poco frecuente en el Nuevo Testamento (salvo en la Carta a los Hebreos), sin duda porque remite frecuentemente a las prácticas rituales a menudo criticadas por los profetas que denunciaban los comportamientos externos sin piedad real y sin verdadera generosidad, como hemos visto en el texto citado de Oseas.

La etimología del término "sacrificio" se encuentra en la frase latina: *sacrum facere*, es decir, "hacer sagrado", "hacer santo". Pero, ¿qué es lo que se hace santo?: las ofrendas (los animales, los primeros frutos de las cosechas, etc.); los bienes materiales o las satisfacciones de las cuales uno se priva, pero también las acciones como las de la caridad fraterna. En la fuente de toda ofrenda está el amor del ser que se remite a Dios, que glorifica a Dios, que celebra la belleza y la grandeza de Dios, que da gracias

por la misma vida que se le ha dado, que acoge humildemente el perdón de su pecado…

El sacrificio no es masoquismo (deseo de sufrir) sino aceptación, por amor, de nuestra realidad tal como es para transformarla. No buscamos sufrir sino amar. Jesús amó poniendo en el centro de su vida, no su gusto, sino la voluntad del Padre, para que todos sus hijos tuvieran vida y la tuvieran en abundancia. Así, el sacrificio de Jesús al dar la vida, poniéndose al servicio de los demás, hasta el extremo de la cruz, no significó perderla sino ganarla: Dios lo resucitó. Esto es lo que a San Agustín le ha llevado a definir el sacrificio: «El verdadero sacrificio es toda obra que contribuye a unirnos a Dios en una sociedad santa.» (*La Ciudad de Dios*, Libro X, VI)

¿Qué quiere decirnos el Señor?

En la montaña, cuando Jesús enseña una nueva lectura de la Ley, es decir su cumplimiento, Jesús comienza proclamando las Bienaventuranzas: *«Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»* (Mt 5,7). Sitúa alto el listón de las exigencias, como en el caso del amor a los enemigos. Y concluye diciendo: *«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»* (Mt 5,48); y según san Lucas: *«Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso»* (6,36).

Pero, como siempre, su mensaje no se limita a una enseñanza de palabra. Jesús cumple en su persona y con sus actos, el mensaje de la misericordia: desde el principio de su ministerio público, en la sinagoga de Nazaret, Él hace suyas las palabras de Isaías: «*El Señor está sobre mí […] para llevar la buena nueva a*

los pobres. Él me ha enviado a anunciar a los cautivos su liberación […] Hoy se cumple ante vosotros este pasaje de la Escritura» (Lc 4, 18-22).

A lo largo de toda su vida, Jesús muestra su compasión a la vista de enfermos, de seres rechazados o condenados; Él cura y consuela. Manifiesta la paciencia de Dios, como en la parábola de la cizaña (Mt 13, 24-30). Manifiesta el poder de la misericordia divina en un perdón más profundo que la curación psíquica (cf. La parábola del paralítico de Cafarnaum, Mc 2, 1-12, o la mujer adúltera, (Jn 8, 1-11). Estando en la cruz Jesús perdona no sólo al buen ladrón (Lc 23, 43), sino que ruega por los que le han condenado: *«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»* (Lc 23,34).

En Jesús, la misericordia se manifiesta en el grado más alto por el don total de su persona, por su sacrificio consumado en la cruz. Como se ha dicho más arriba, el término mismo de sacrificio no aparece apenas en este contexto. Pero el sacrificio es real porque Jesús se entrega al Padre, por sus hermanos, en un acto de amor deliberado. Él es el buen pastor: *«Yo entrego mi vida por mis ovejas […] y tendrá un solo rebaño»* (Jn 10, 15-16). Antes de la pasión, ora así: *«Yo voy hacia ti. Padre santo, guarda en tu Nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. […] Por ellos yo mismo me consagro, a fin de que ellos sean también consagrados en verdad»* (Jn 17, 11.19). En el momento de consumar su sacrificio, Jesús dice: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* (Lc 23, 46).

El sacrificio es, al mismo tiempo, don al Padre y ofrenda por los hermanos. Cuando instituye la Eucaristía, Jesús nos muestra que su sacrificio es la expresión suprema de la misericordia a

la vista de toda la humanidad por la que Él se entrega: *«Esto es mi Cuerpo, entregado por vosotros […] Esta copa es la nueva Alianza de mi sangre, derramada por vosotros.»* (Lc 22, 19-20).

Jesús nos precede y cumple lo que Él mismo dice a sus discípulos: *«Nadie tiene amor más grande que aquél que entrega su vida por sus amigos.»* Bautizados, estamos íntimamente unidos a Cristo que ha entregado su vida por todos nosotros. San Pablo, en la Carta a los Romanos, afirma con fuerza: *«Porque si nos hemos hecho una misma cosa con Él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante»* (Rom 6, 5).

Así, Pablo puede apelar a nuestra propia ofrenda: *«Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual»* (Rom 12, 1). El discípulo no es más grande que su maestro (Lc 6, 40). Nosotros no podemos contemplar el don de Jesús y recibir sus beneficios sin ser a la vez invitados a ofrecernos con Él y gracias a Él, «ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo» (1 Pe 2, 5). En su martirio, el diácono Esteban sigue a Jesús hasta el límite: *"Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: "Señor Jesús, recibe mi espíritu".* Después dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: *"Señor, no les tengas en cuenta este pecado."* Y diciendo esto, se durmió." (Hch 7, 59-60).

Sugerencias para la reflexión personal y en pareja

La exposición precedente ha sido necesariamente esquemática. Cada uno puede completarla con una lectura personal del Evangelio y responder de manera profunda a las sugerencias que se presentan a continuación:

Para la oración personal y conyugal. Conscientes de nuestras debilidades, pedimos al Señor que nos ayude a practicar la misericordia, tanto en una acogida sincera y benevolente al otro —cónyuge, hijos, familiares o vecinos—, como hermano en Cristo. Y nos preguntamos: ¿Incluye nuestra oración la ofrenda de nosotros mismos a Dios, a imitación de Jesús?

Para la Regla de Vida. ¿He ofrecido sin reservas a Dios mi actividad, mis alegrías y mis penas? ¿Sería capaz de asumir como Regla de Vida la palabra de Pablo: «*y todo cuanto hagáis de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre».* (Col 3, 17).
¿Qué he hecho yo hoy o esta semana por mis hermanos de manera desinteresada? ¿Qué podría hacer?

Para el Deber de Sentarse. Habiendo contemplado a Cristo misericordioso que se entrega todo Él por amor, ¿cómo podemos concretar la misericordia y el sacrificio-ofrenda en nuestra vida de matrimonio? ¿Nos aceptamos el uno al otro desde estas actitudes evangélicas? ¿Aceptamos que nuestro cónyuge nos lo recuerde?

Reflexionemos sobre los dones misericordiosos que Cristo nos ha ido regalando en todas las etapas de nuestra vida en común.

N.B. Es muy útil anotar los puntos esenciales de nuestras reflexiones personales y de pareja. Ayuda a repasarlo más adelante. Y estas notas permitirán, además, una mejor participación al equipo.

Sugerencias para el intercambio en equipo

- Podríamos confiar al equipo algunos aspectos de nuestra reflexión en pareja.

- ¿Cuál es nuestra reacción ante la actitud del Padre de la parábola del hijo pródigo? (Lc 15, 11-32), o también de la parábola de los obreros enviados a la viña y retribuidos todos igual?

- ¿Tiene la misericordia un lugar en nuestra vida familiar, en nuestra vida profesional y en nuestra vida pública? ¿Podríamos hablar de gratuidad a este respecto?

- Teniendo en cuenta lo que los evangelios nos revelan de Cristo, ¿qué sentido damos al sacrificio tanto en la vida espiritual como en la vida cotidiana?

La Palabra de Dios para la oración personal y de equipo

(Se podrá elegir entre los textos siguientes, pero también retomar un pasaje del Evangelio mencionado en el desarrollo del tema)

Lucas 10, 30-37

[Al maestro de la Ley que preguntaba quién es su prójimo, Jesús le dice:] *«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se*

marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acerco, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: "Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta". ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos? Él contestó: "El que practicó la misericordia con él". Díjole Jesús: "Anda, haz tú lo mismo".»

Mateo 18, 21-22

«Se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?» Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.»

1 Juan 3, 16-20

«En esto hemos conocido lo que es Amor; en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra el corazón ¿cómo puede permanecer en él el Amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad, y tranquilizaremos nuestra conciencia ante Él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo.»

ANOTACIONES:

FECHAS PARA PRÓXIMAS REUNIONES:

	FECHA	HOGAR
AMISTAD		
PREVIA		
TRABAJO		

Séptima reunión

LA PASCUA DE JESÚS

«CRUCIFICADO POR NOSOTROS BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, PADECIÓ Y FUE SEPULTADO. RESUCITÓ AL TERCER DÍA.»
(Símbolo de Nicea-Constantinopla)

La Palabra de Dios.

«Y cuando llegaron al lugar llamado la Calavera, lo crucificaron allí, a Él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y se repartieron sus ropas echándolas a suerte.

[…] Era ya eso del mediodía y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Y dicho esto, expiró.

El centurión, al ver lo que pasaba, daba gloria a Dios diciendo: «Realmente, este hombre era justo». […] Todos sus conocidos se mantenían a distancia, y lo mismo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea y que estaban mirando. […José de Arimatea…] se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús y, después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Preparación y apuntaba el sábado.

[…] El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro, entrando no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas, despavoridas, miraban al suelo, y ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Acordaos de lo que dijo estando todavía en Galilea: "El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar"». Ellas recordaron sus palabras.» (Lc 23, 33…55; 24, 1-8)

PRIMERAS NOTAS:

La muerte y la resurrección de Jesús son evidentemente la culminación de su vida y de su misión. Por amor a nosotros, se hizo hombre, murió en la cruz y resucitó de entre los muertos.

- Jesús fue condenado por las autoridades religiosas de Israel porque se había declarado Hijo de Dios (cf. Lc 22, 70-71) y por las autoridades romanas por motivos políticos: fue acusado de declararse «Rey Mesías». El sufrimiento de Jesús fue de orden espiritual y psíquico: no fue comprendido, rechazado por su pueblo y entregado en manos de los paganos, como si fuera un malhechor; de hecho, dos de entre ellos fueron crucificados con él. Fue abandonado por los suyos, excepto un pequeño grupo: Juan y las mujeres cercanas a su Madre. Fue objeto de burla. Unido a esto, hay que añadir el intenso sufrimiento físico, y la angustia que le abruma durante su agonía.

Jesús, condenado injustamente, solamente queda animado por el amor a Dios y el amor a los hombres: esto es lo que testimonian sus palabras de perdón y reconciliación ante quienes lo martirizan.

Se entrega enteramente en las manos del Padre, y conoce la angustia del abandono: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*»

- Jesús, verdadero hombre, siendo inocente, comparte nuestra condición hasta el extremo, «*de que él ha sido probado en todo, de una manera semejante [a todos los seres humanos], excepto en el pecado*» (Hech 4, 15).

- Es la Resurrección la que da sentido a la Pasión de Jesús. Los Apóstoles se lanzan a la predicación desde el primer momento en calidad de testigos de la Resurrección. Es conveniente releer el

discurso de Pedro en los Hechos de los Apóstoles. Pablo se suma también a este mismo testimonio cuando escribe a los Corintios (hacia el año 54): *«Os he transmitido pues lo que yo recibí también, que Cristo ha muerto por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras, que se apareció a Pedro…»* (1 Co 15, 3-5).

- Conviene tener en cuenta que la resurrección de Jesús no es lo mismo que la vuelta a la vida de la hija de Jairo o de Lázaro, que regresan a su vida ordinaria. Jesús vuelve al Padre (cf. Jn 14,12). Su resurrección gloriosa le hace entrar en la vida nueva y eterna del Reino: su humanidad es liberada de los límites del tiempo de nuestra historia y del espacio en el que estamos situados: en definitiva, queda transfigurada. *«El cuerpo de Jesús está, en la Resurrección, lleno de la potencia del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que él es "el hombre celestial"»* (cf. 1 Co 15, 35-50). (*Catecismo de la Iglesia Católica* n. 646).

- Es cierto que la certeza de la resurrección no fue admitida de golpe ni por los mismos discípulos y que hoy día, con frecuencia, choca con el escepticismo. Los evangelios nos cuentan las dudas de los primeros discípulos. Fue necesaria la intervención de Jesús mostrándoles signos claros de su identidad, pero estas manifestaciones no van a explicar ni a describir la resurrección. La resurrección es materia de fe, es el corazón del misterio pascual.

- Jesús nos es fiel y prepara el encuentro con sus hermanos en la comunión de la «casa del Padre». *«Cuando yo haya ido y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, a fin de que donde yo esté, también estéis vosotros.»* (Jn 14,3)

¿Qué quiere decirnos el Señor?

- La Pasión de Jesús nos **revela el amor infinito de Dios**. Jesús mismo, según san Juan, nos da el sentido del amor salvador: *«Amó Dios tanto al mundo, que le dio a su único Hijo, a fin de que cualquiera que crea en él no se pierda, sino que encuentre la vida eterna»* (Jn 3, 16). Jesús anunció la fecundidad de su muerte con la parábola del grano de trigo que cae en la tierra, *«si él muere, produce mucho fruto.»* (Jn 12, 24)

La entrega total de Cristo es llamada para que nosotros nos **demos también**, especialmente en el amor de esposos. El Padre Caffarel habló con claridad a este respecto: *«El acto por el cual Cristo se ofrece una vez por todos en el Calvario expresaba su estado de ánimo profundo, la esencia de su vida interior, su don al Padre, gozoso y permanente, siempre actual. Si Cristo renueva este acto en la misa, si él os convoca para participar allí, es porque él quiere que su sacrificio penetre hasta en las profundidades carnales y espirituales de vuestro hogar a fin de crear en vosotros también un estado de ánimo permanente de ofrenda al Padre. Digamos mejor: es a fin de que vosotros le permitáis revivir en vuestro hogar su sacrificio. Así, veis que el sacrificio de Cristo no debe quedar fuera sino hacerse interior; la ofrenda que hacéis no debe ser un acto transitorio sino una disposición habitual, una vida.»* (*L'Anneau d'or: Le mariage route vers Dieu,* 1964, p. 261)

- La Pasión de Jesús es también una invitación a **reflexionar sobre el sentido del sufrimiento del inocente**. Juan Pablo II mostró que la pasión de Cristo es el ejemplo más grande de sufrimiento del inocente, lo que ya anunciaba el libro de Job: *«La*

Revelación, Palabra del mismo Dios, expone con toda franqueza el problema del sufrimiento del hombre inocente: el sufrimiento sin culpa. Job no ha sido castigado, no había motivo para inflingirle una pena, a pesar de todo ha sido sometido a una prueba muy dura.» (Salvifici doloris, n. 11)

Desde la Pasión de Jesús, el sufrimiento humano cambia radicalmente de sentido. Sobre la cruz de Jesús, no sólo se realiza la redención de la humanidad por el don de sí mismo hasta en el sufrimiento, sino que el propio sufrimiento humano no tiene ya el mismo sentido negativo si somos capaces de unirlo al de Cristo. San Pablo lo expresa con gran fuerza en su carta a los Colosenses: *«Encuentro mi gozo en los sufrimientos que paso por vos, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne por su Cuerpo, que es la Iglesia»* (Col 1, 24). Con toda seguridad, nosotros no tendremos que completar la pasión de Cristo, pero sí nos queda mucho por contribuir a una ofrenda de amor total de la familia humana. No tenemos que buscar el sufrimiento, pero cuando nos es dado probarlo, se nos ofrece la oportunidad de participar en el misterio de la redención.

- No debemos desligar la reflexión sobre la muerte de Jesús y el sufrimiento humano de la perspectiva de vida que el Señor nos abre. Chiara Lubich lo dijo muy bien: *«Cargando con la cruz de cada día y uniéndonos a Jesús crucificado y abandonado, podremos participar desde ahora en la vida del Resucitado. Enriquecidos por esta experiencia, podremos ayudar más eficazmente a todos nuestros hermanos a encontrar la alegría de las lágrimas.»*

- Recordemos, para finalizar, algunos puntos clave en las manifestaciones del Resucitado: transmite a sus discípulos con el don del Espíritu Santo la potestad de otorgar el perdón de Dios (cf. Jn 20, 19-23); los envía en misión para anunciar la buena

nueva de salvación (cf. Mt 28, 19-20); le pide a Pedro que le confirme su amor y entonces lo llama a *«apacentar sus ovejas»,* a conducir su Iglesia (cf. Jn 21, 15-17).

Evocados brevemente, estos elementos podemos reflexionar sobre nuestra relación con Cristo resucitado, conscientes de su promesa: *«He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»* (Mt 28, 20).

Sugerencias para la reflexión personal y en pareja

Para la oración.

- Damos gracias por el amor de Jesús que nos ha amado hasta el extremo.

- Le pedimos que nos haga siempre más generosos en el don de nosotros mismos. Le pedimos la gracia de amarlo con todo nuestro corazón, de amar a los demás como él nos ama, de ser testigos con nuestra manera de vivir.

- Pedimos la fuerza para aceptar las pruebas grandes y pequeñas; y de ofrecer nuestros sufrimientos unidos al de Jesús. Le pedimos que nos ayude a llevar las «cruces» de nuestro cónyuge, de nuestros hijos y de los que nos rodean, así como a no ser una «cruz» para los demás.

- ¿Somos conscientes, en nuestra oración, de estar en la presencia del Resucitado, que vive y está presente para todas las generaciones?

- Reflexionemos qué lugar ocupa la Eucaristía en nuestra vida de piedad. ¿La presencia real es para nosotros lugar de encuentro con Cristo vivo que nos ama hasta el punto de dar su vida por nosotros?

Para la Regla de Vida.

- ¿Tenemos nosotros la fuerza de perdonar como Cristo perdona? Seguro que podemos tener múltiples ocasiones de hacerlo.

- Delante de Cristo que entrega su vida por los pecadores, ¿hacemos examen de conciencia regularmente? ¿Lo hacemos con confianza, dando gracias al Señor por su amor misericordioso? ¿Deberíamos renovar nuestra práctica del sacramento de la

reconciliación?, es decir, ¿Cada cuánto tiempo nos confesamos?

- Cristo resucitado encarga a sus discípulos anunciar el Evangelio. ¿Cómo somos hoy testigos y mensajeros de la Buena Noticia? ¿Podríamos concretar alguna acción?

Para el Deber de Sentarse

- Hemos reflexionado y orado unidos a Cristo resucitado. ¿No es ésta una buena ocasión para detenernos a pensar en nuestra oración conyugal? ¿Sobre la forma con que acogemos la palabra de Cristo vivo?

- Cuando la vida de matrimonio y de familia se ve sacudida por la prueba, encontramos verdaderamente un apoyo en Cristo muerto y resucitado por nosotros?

- El sacramento del matrimonio consagra nuestro don del uno al otro. ¿Está "vivo" nuestro don?

- ¿Tenemos conciencia de encontrar en Cristo la orientación en el camino de la vida, la fuerza donde se alimenta nuestro amor?

N.B. Es muy útil anotar los puntos esenciales de nuestras reflexiones personales y de pareja. Ayuda a repasarlo más adelante. Y estas notas permitirán, además, una mejor participación al equipo.

Sugerencias para el intercambio en equipo

- Compartamos con el equipo lo reflexionado en nuestra oración y en nuestra sentada sin rebasar los límites de nuestra intimidad.

- Reflexionemos conjuntamente sobre la manera de ser solidarios del sufrimiento y las pruebas que conocemos en nuestro entorno, y también del ancho mundo.

- ¿Cómo ser testigos de Cristo vivo en nuestro ambiente, en la sociedad donde vivimos?

La Palabra de Dios para la oración personal y de equipo

(Se podrá elegir entre los textos siguientes, pero también retomar un pasaje del Evangelio mencionado en el desarrollo del tema.)

Salmo 21/22 (extractos) [NB: este salmo, en el que se reconocerá al mismo Cristo, es la oración de un hombre que sufre, que ha sido abandonado. Pero enseguida el salmo nos orienta también sobre la respuesta a dar al sufrimiento vivido la fe en la fidelidad de Dios.]

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
¡Lejos de mi salvación la voz de mis rugidos!
Dios mío, de día clamo, y no me respondes,
también de noche, no hay silencio para mí.

En ti esperaron nuestros padres,
esperaron y tú los liberaste;
a ti clamaron, y salieron salvos,
en ti esperaron, y nunca quedaron confundidos.

Y yo, gusano, que no hombre,
vergüenza del vulgo, asco del pueblo,
todos los que me ven de mí se mofan,
tuercen los labios, menean la cabeza:
«Se confió a Yahveh, ¡pues que él le libre,
que le salve, puesto que le llama!»

¡No andes lejos de mí, que la angustia está cerca,
no hay para mí socorro!

Como el agua me derramo,
todos mis huesos se dislocan,
mi corazón se vuelve como cera,
se me derrite entre mis entrañas.

¡Mas tú, Yahveh, no estés lejos,
corre en mi ayuda!

¡Anunciaré tu nombre a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré!
Los que a Yahveh teméis, dadle alabanza,
raza toda de Jacob, glorificadle,
temedle, raza toda de Israel.

Porque no ha despreciado
ni ha desdeñado la miseria del mísero;
no le ocultó su rostro,
mas cuando le invocaba, le escuchó.

Y para aquel que ya no viva, le servirá su descendencia:
ella hablará del Señor a la edad venidera,
contará su justicia al pueblo por nacer.

Juan 20, 24-29

«*Tomás, uno de los doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto».*

ANOTACIONES:

FECHAS PARA PRÓXIMAS REUNIONES:

	FECHA	HOGAR
AMISTAD		
PREVIA		
TRABAJO		

Octava reunión

JESÚS PRESENTE EN SU IGLESIA

«***DONDE DOS O TRES ESTÁN REUNIDOS EN MI NOMBRE, YO ESTOY EN MEDIO DE ELLOS***»
(Mt 18, 20)

La Palabra de Dios.

*«Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» (*Mt *28, 16-20)*

«*La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan.»* (1 Corintios 10, 16-17)

PRIMERAS NOTAS

Jesús resucitado manifiesta a sus discípulos que su presencia será continua en medio de ellos hasta el fin de los tiempos. San Pablo, fundador de numerosas comunidades, recuerda el fundamento de su unidad: la comunión con el cuerpo mismo de Cristo.

La promesa de presencia del Resucitado está unida al precepto de hacer discípulos de todas las naciones, (cfr. Mt 28, 18-20), es decir, hacer crecer la Iglesia. Es evidente que la voluntad del Señor es establecer su presencia en el mundo y en la historia.

Para creyentes y no creyentes, el común de la palabra «iglesia» es usado para designar a numerosos grupos locales, (parroquias, comunidades y grupos diversos) en los que millones de hombres y mujeres comparten las mismas prácticas religiosas y reconocen la autoridad de sus obispos y del Sumo Pontífice de Roma.

Pero si ésta es la dimensión visible e institucional de la Iglesia, el creyente sabe también que esto es sólo la capa exterior de una dimensión espiritual más profunda que da a la Iglesia su verdadera identidad. Es a este nivel de profundidad en el que la realidad concreta del cuerpo, animado por su cabeza, Cristo viviente, es decir, la Iglesia, se ve animada por la presencia del Señor que hace historia con el hombre.

¿Qué nos dice la Escritura sobre la presencia de Jesús en la Iglesia?

En su vida terrenal —los evangelios lo atestiguan—, Jesús anuncia que cuando dos o tres se reunieran en su nombre, Él estaría en medio de ellos (Mt 18,20). Él permanecerá unido a ellos de la misma manera que Él es uno con su Padre (Jn 14,20), porque con el Padre vendrá a estar con los que lo aman y guardan su palabra (cfr. Jn 14,23).

En este mismo contexto, las conversaciones de Jesús con sus discípulos en la noche anterior a su Pasión, trasmitidas por San Juan, vuelven a recordar otras palabras de Jesús que profundizan en la naturaleza íntima de las relaciones de Él con los que creen. Utiliza la imagen de la vid y los sarmientos: lo mismo que los sarmientos están íntimamente unidos a la vid y reciben la savia que les permite producir el fruto, así, los que creen, están íntimamente unidos al Señor del que reciben continuamente la vida y la capacidad de producir buenos frutos (cf. Jn 15,1-8).

Después de la resurrección del Señor, los Apóstoles, iluminados por el Espíritu Santo, emprendieron la misión de congregar a los creyentes y de compartir con ellos la Eucaristía (Hch 2, 42-47). Recuerdan la promesa de Jesús: *«El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él»* (Jn 6, 56).

La Iglesia, entonces, toma cuerpo dentro de múltiples comunidades, en las que se profundiza sobre la naturaleza íntima de la misma y sobre la presencia del Señor en su centro.

El Apóstol Pablo contribuye especialmente en esta profundización. En sus cartas, insiste a menudo sobre el tema de la unión íntima de Cristo y de la Iglesia. Todos los hombres están llamados a tomar parte en la Iglesia (Ef 3, 6) que tiene vocación uni-

versal. Ella es el Cuerpo de Cristo y su plena realización (Ef 1, 22-23). Por esto, los cristianos, llamados por Dios a la comunión con su Hijo (1 Co 1, 9), forman un solo cuerpo (1 Co 12, 12-13). *«Además, nosotros no formamos nada más que un solo cuerpo con Cristo, siendo, cada uno por su parte, miembros los unos de los otros»* (Rm 12, 5; cf. 1 Co 12, 27).

Cristo es la cabeza de este cuerpo (Col 1, 18). Cuida de cada uno de sus miembros (Ef 5, 29-30). Es el que le da unidad y cohesión *«y de Él, todo el Cuerpo recibe unidad y cohesión, gracias a toda clase de uniones que lo vivifican y a la actividad propia de cada uno de los miembros. Así, el Cuerpo crece y se edifica en el amor»* (Ef 4,16).

Por Jesucristo que revela que Dios es Padre de todos los hombres, el Señor nos convoca a todos (la palabra iglesia significa: asamblea convocada). Él nos llama a todos a vivir como hijos suyos. Aquéllos que lo aceptan conscientemente forman la Iglesia visible y viven su fe participando en los sacramentos. Los que no entienden la llamada pero viven en el espíritu del Evangelio, al menos implícitamente, están unidos a la Iglesia por el Espíritu, *«ordenados al pueblo de Dios»* (cf. Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, n. 15-16).

Para Pablo, la Eucaristía es el acontecimiento que, por así decirlo, materializa y hace visible este misterio: la copa de vino compartida es, en efecto, comunión con la sangre de Cristo y la fracción del pan, comunión con el Cuerpo de Cristo. Así, los creyentes, siendo numerosos y diversos, forman un solo cuerpo (cf. 1 Co 10, 16-17).

El libro del Apocalipsis presenta una visión espléndida de la unión íntima y permanente de Cristo con su Iglesia: nos presenta poéticamente al Señor tomando posesión de su Reino con la imagen de una celebración de bodas: el esposo es el Cordero de Dios,

el Señor, la esposa, revestida de lino resplandeciente, es la Iglesia (Ap 19, 6-9).

Sugerencias para la reflexión personal y en pareja

-Para la oración.

-Cuando hago mi oración, ¿soy consciente de pertenecer a la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo? ¿Es para mí, un motivo de acción de gracias?

-Cuando rezo por los otros, ¿pienso que mis hermanos son miembros del mismo Cuerpo, o llamados a formar parte del mismo? ¿Asumo como propias las intenciones de la Iglesia?

-Para mi oración personal ¿acudo en alguna ocasión a la oración litúrgica de la Iglesia, (oraciones de la Misa o de las horas como Laudes o Vísperas) o utilizo otras formas de devoción que busco por mi cuenta (vía Crucis, rosario, letanías, etc)?

-Para la regla de vida.

-Como bautizados, reflexionamos a nuestra manera, ¿cómo participar activamente en la vida de la Iglesia según nuestras posibilidades? ¿Respondemos a las llamadas de nuestras parroquias y nuestras diócesis, así como del Movimiento, para realizar algún servicio?

-Una regla de vida podría ser la elección de un compromiso para servir mejor a Cristo que vive en la Iglesia. Interroguémonos en particular sobre nuestra manera de considerar a los más pequeños y los más pobres en los cuales se reconoce a Cristo (cf. Mt 25, 31-46).

-Para el Deber de Sentarse.

-Ampliemos **juntos** las reflexiones sugeridas para la oración y la regla de vida.

-Podemos también detenernos en la calidad de «pequeña Iglesia» de nuestro matrimonio y de nuestra familia. El sacramento del matrimonio refleja en nosotros y para nosotros la alianza nupcial de Cristo con la familia humana: reflexionemos lo que supone para nuestra vida conyugal y familiar. ¿Qué parte asumimos en la misión que Cristo da a sus discípulos? ¿En qué grado nos sentimos responsables como célula de Iglesia?

N.B. Es muy útil anotar los puntos esenciales de nuestras reflexiones personales y de pareja. Ayuda a repasarlo más adelante. Y estas notas permitirán, además, una mejor participación al equipo.

SUGERENCIAS PARA EL INTERCAMBIO EN EQUIPO

-Compartiremos con el Equipo algunos de nuestras reflexiones personales y de pareja, con la discreción habitual.

-Juntos nos preguntamos si nuestra imagen o nuestra concepción de la Iglesia ha sido modificada o reafirmada por las reflexiones de este capítulo. ¿Mantenemos una distancia más o menos crítica con la Iglesia? ¿O bien recurrimos al artículo de nuestro Credo: *«creo en la Iglesia, que es una, santa,…»?*

-¿Cómo percibimos la presencia de Cristo en la Iglesia, sólo en la asamblea eucarística, por su Palabra, por la comunidad, y el pan de vida? ¿O tenemos también conciencia de que los servicios y trabajos caritativos o de apostolado manifiestan también nuestra fidelidad a Jesús presente en la comunidad de bautizados?

LA PALABRA DE DIOS PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y DE EQUIPO

(Se podrá elegir entre los textos siguientes, pero también retomar un pasaje del Evangelio mencionado en el desarrollo del tema.)

Juan 15, 1-8

«Dijo Jesús a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que de más fruto. Vosotros

ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

1 Corintios 12, 12-13,27-28

«Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman mas que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar mas que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas.»

ANOTACIONES:

	FECHA	HOGAR
REUNIÓN DE AMISTAD EN VACACIONES		

NOTAS

NOTAS